

«Despedida del mar» o «Distancia» y también el epílogo, «Noche final», cuya última estrofa es:

Sentir, por fin, llegar el alba,
 su melodía limpia y fresca,
 y barrernos las sombras turbias
 que oscurecen nuestras cabezas,
 y beber las lejanas brisas
 que nos alejan de la tierra
 maniatados y adormecidos,
 sin saber a dónde nos llevan... (pág. 85)

Asimismo, en *Quinta del 42*: «La muerte tarde», «Romance», etc., y muchos otros ejemplos a través de la obra completa que se podrían citar.

Ese destierro, ese aislamiento resultado de un distanciamiento de lo conocido y de lo amado, le produce un estado nebuloso y confuso del cual él quisiera salir emprendiendo un nuevo viaje de regreso al espacio originario. La distancia le facilita al poeta la creación de un mundo ideal con raíces en el mundo conocido o totalmente nuevo, pero, al acercarse a ese mundo, el poeta se encuentra como un completo extranjero en él y su desconexión y aislamiento son mayores que antes.

El fruto de la realidad es el ansia que le causa el distanciamiento —el deseo de alejarse y el deseo de acercarse son los que le hacen sentir vida al poeta y lo mantienen en existencia—. Cuando puede viajar y lograr cruzar las fronteras para situarse en las lejanías deseadas se da cuenta de que el desconcierto, la perplejidad y la soledad no dejarán de existir. La realidad del espacio exterior cambiará, pero no podrá escaparse del espacio interior. Hierro lo expresa de la siguiente manera: «Hubiera adivinado lo escondido en lo oscuro». (*Libro de las alucinaciones*, «Pasaporte», pág. 453.)

El ensueño del ser inmóvil, que antes mencionamos, no solamente vendrá a servirle al poeta de huida hacia otro espacio, sino que, a la vez, le ayudará para enfrentarse con la realidad. Esta paradoja se explica también en «Pasaporte»:

Porque no es hora ya de engrandecer,
 de idealizar, de mentir bellamente,
 sino que es hora de reconocer
 y de aceptar, sin canto y sin pasión,
 como si ante un notario hiciese testamento
 momentos antes de mi muerte.

.....
 Ahora el mundo no es ya nieblas acá,
 playas y piedras radiantes allá,

.....
 Cualquier punto del orbe...
 es un lugar para soñar, para vivir,
 para estar solo y continuar la espera
 sin demasiada avidez,
 sin emoción y sin sorpresa. (p. 454)

La inmensidad del mundo lejano deseado y la inmensidad del mundo íntimo se funden en el sueño del poeta solitario para crear una sola realidad —la imaginada más

la vivida— no ya como evasión, sino como la última circunstancia vital que conocerá el poeta antes de ser sometido al último alejamiento —la muerte—.

Bachelard ha dicho:

Il semble alors que c'est par leur «immensité» que les deux espaces: l'espace de l'intimité et l'espace du monde deviennent consonnants. Quand s'approfondit la grande solitude de l'homme, les deux immensités se touchent, se confondent.¹⁰

La íntima soledad y la lejanía habían aparecido identificadas, la una con la otra, anteriormente en la obra de Hierro; por lo tanto, esta paradoja tampoco es novedad en la reflexión poética de su último libro. Pero aparecieron sin la compenetración total que descubrimos en éste. Como vimos antes con el alejamiento, las primeras instancias de la soledad y la serenidad van unidas a una idea de la evasión, pero los tres temas existen por separado —la fusión se hará durante el desarrollo poético de Hierro—, a través de su obra, hasta llegar al *Libro de las alucinaciones*.

En *Tierra sin nosotros* Hierro no quiere encontrarse con la muerte. Así es que reúne muerte y distancia en un poema de tratamiento clásico, «Llegada de la muerte», en el cual el poeta manda a la muerte lejos de él donde no la pueda ver. En este poema se divisan dos distancias: la que Hierro desea para la muerte y una más accesible «de caminos y carreteras» que él puede recorrer padeciendo un cansancio amigable. Dentro de esta división de la distancia la segunda representa el alejamiento que observamos antes, lo deseado, y la primera es un infinito alejamiento que él aún no desea unir a su espacio vital, el cual se limita a lo circundante y a la distancia onírica o idealizada vinculada a lo terrenal sin el sueño inmortal.

Durante algún momento de flaqueza juvenil Hierro rechazó la serenidad diciendo que ella es para el muerto y que él deseaba sentir la inquietud de la vida («Serenidad», *Tierra sin nosotros*, p. 60). No advertía entonces que esta inquietud vital es para el poeta la vacilación entre los dos puntos que trazamos anteriormente: uno el espacio interior del solitario y el otro el espacio ideal que le otorgará el sosiego, y que en efecto su vida ha sido la búsqueda del espacio sereno. A pesar de la inadvertencia momentánea, al ir desarrollándose el pensamiento del poeta, la serenidad y la distancia se asemejan («Serenidad», p. 94; «Todo es lejanía», p. 95; etc.), y la soledad viene uniéndose a lo cercano. Todo se funde ordinariamente por mediación del sueño, juntándose de esta manera la última dimensión:

La tarde muestra una luz pálida
que viene de un reino remoto.
Muy silencioso y quieto, tiene
lo lejano como lo próximo
no sé qué calidad de sueño
que acaso está sólo en mis ojos.
Voy por los campos que se funden
en la gran soledad.

(«Soledad», *Alegría*, pp. 136-137.)

Esa combinación originaria de lejanía, cercanía y sueño le causaría una serenidad y

¹⁰ Bachelard, p. 184.

soledad que resultarían en la muerte con la que en aquel momento no deseaba enfrentarse. Al contrario, el poeta se rebelaba y huía de la soledad. Pero, al huir por mediación del sueño hacia esas distancias deseadas como el bien, en aquel tiempo Hierro pensaba que mediante el sueño mismo él se iba acercando a una realidad negativa que le debilitaba o disminuía el espacio vital:

Ahora todas las cosas han borrado sus límites
Amanece el paisaje tras un vidrio empañado.
Se me diluye el alma en estas formas vivas,
en estos sueños vagos.

(«Madrugada con niebla», *Alegría*, p. 139.)

Le hacía falta entonces enfrentarse con la evasión y hacer cara a la muerte como el postrer espacio que forma parte de su circunstancia, de su espacio vital, no como negación del ser, sino como parte de la existencia. Hay un presentimiento de esa dimensión de la muerte durante esa etapa formativa del poeta, de aquí que en el poema «Dejadlo todo dispuesto» el mismo poeta comenta de un ser que no puede vivir solo:

Le arrancaremos los sueños,
le apagaremos la luna,
le llenaremos de muerte
para que sufra.

Así le rescataremos;
seguirá nuestra aventura.
Sabrá así que tiene un alma
cuando le duela en el alma
la vida que ya no es suya.

(*Alegría*, pp. 140-141.)

En *Quinta del 42* ya empieza Hierro a identificar la muerte, el sueño y el alejamiento como fases de una sola circunstancia:

Soñar es como morir:
el alma deja la carne,
rompe las rejas, escapa,
vuela por otros parajes.

(«Homenaje a Palestrina», p. 278.)

Esta huída no tiene finalidad: «A dónde huir y qué hacer», el poeta sabe que es necesario enfrentarse con su circunstancia, pues la fuga total es imposible. El retraimiento del sueño podrá servir como el medio para llegar a ser parte de la realidad: «¡Cabe / tanta vida en poco sueño...» Ya no es necesario que el sueño sea una ilusión: «Sueño, pero ya no / me engaño cuando sueño». (*Hotel*, III, *Q. del 42*, p. 313). Y el sueño que pudiera ser evasión y alejamiento ahora es nostalgia e imaginación unidas a la circunstancia del poeta y parte de su ambiente existencial, trascendiendo los límites de la realidad histórica y física para producir el espacio de la realidad poética de José Hierro.

Los poemas «Teoría» y «Alucinación», de su último libro, describen la postrera realidad del personaje como realidad creada por la poesía, «un instante vacío de acción» llenado por la imaginación y la nostalgia que acuden a los tres tiempos del hombre tanto como a lo exterior y a lo interior.